

Carlota Gurt

Sola

Traducción de Palmira Feixas



Mei, una mujer de cuarenta y dos años inmersa en un matrimonio apático y a la que acaban de despedir del trabajo, decide refugiarse en la casa donde se crio, una pequeña masía en medio del bosque. Allí intentará escribir la novela que la obsesiona desde hace años mientras planta cara a su pasado, a un presente inoportuno y a un futuro a la deriva. Esta novela es la crónica de una rebelión, la historia de una soledad impenitente narrada en una intrigante cuenta atrás de 185 días. ¿Qué es la soledad? ¿Una realidad objetiva o un estado de ánimo, una bendición o una condena? Lo único seguro es que de la soledad nunca se sale indemne. *Sola*, la impactante primera novela de Carlota Gurt, está escrita en una prosa vivísima y muy visual que sacude al lector como una fuerza de la naturaleza.

Índice de contenido

Cubierta

Sola

Abril

Mayo

Junio

Julio

Agosto

Septiembre

Octubre

Noviembre

Agradecimientos

Sobre la autora

*A ti,
por las temeridades y las cicatrices,
por los prodigios,
por las maravillas que nos esperan.*

«Si vive solo, o bien es un Dios o bien es una
bestia».

Aristóteles

(O las dos cosas).

ABRIL

185 días antes

Cuando el camino se ha adentrado en el bosque, el viento ha empezado a empujarme como si tuviera prisa por hacerme llegar a la casa. He avanzado bajo una locura de nubes y hojas, flanqueada por los árboles sin ojos que me vieron nacer. En el retrovisor, solo la gran polvareda que levantaba mi máquina a su paso. En este lugar, los coches son fábricas de nebulosas que te impiden ver lo que vas dejando atrás y, con cada bache, el mundo entero tiembla.

Por fin, ha aparecido en la cima de la colina, más pequeña y abandonada de lo que la recordaba. Me hubiera gustado aparcar allí mismo e ir corriendo, con los brazos abiertos, desnuda incluso, subir descalza los quince escalones de piedra, pero he visto la figura de un hombre con un perrote desharrapado esperándome en lo alto de la escalera y he tenido que guardarme el espíritu bucólico para otro momento.

Era Manel, claro.

Ha venido a mi encuentro a toda prisa, deshaciéndose en sonrisas, con el animal detrás, cabizbajo, atado con una cuerda. Apenas había bajado del coche cuando ha arrancado a hablar y ya no se ha callado.

Eras bonita como un guisante, ha repetido dos o tres veces con la mirada perdida de quien hace una afirmación de mucha enjundia. Después ha empezado con eso de si no lo recordaba y que no me parecía nada a mi madre, que si ellos dos eran tan amigos de jóvenes, discurso que ha puntuado con varios guiños. ¡Vaya una, tu madre!, ha exclamado y, acto seguido, risueño e imitando el gesto de blandir una varita mágica en el aire, ha añadido: zub-zub.

Era inevitable que al volver aquí me encontrara con la onomatopeya trágica de mi adolescencia, la onomatopeya que a los catorce años me repetían profesoras, compañeros, tenderos, después de ver por la tele a mi madre anunciando la minipimer y que tuve que soportar como un hermano que se lleva todos los elogios, la onomatopeya de sus superpoderes para triturar todo lo que tocaba con un toque mágico, la onomatopeya y el gesto que poblaban grotescamente mis sueños junto a mi padre muerto poco antes.

Zub-zub, dice Manel, y a mí me vuelve la soledad de las dos, mi madre y yo, encerradas en el pisito de Horta, con todo el mundo engañado imaginándose que tenía una madre inexistente armada con una varita y una sonrisa perenne que canturreaba en la cocina, igual que en el anuncio, y lo arreglaba todo con uno de sus zub-zubs. Pero no. En nuestro comedor solo zumbaba aquel silencio que no sabíamos cómo llenar. La minipimer también zumbaba. Y también lo desmenuzaba todo.

Pero Manel ha dicho zub-zub y yo, tal y como hacía a los catorce años, y después también a los veinte, a los treinta, y como continuó haciendo vergonzosamente a los cuarenta, le he reído la gracia.

Mientras subíamos por la escalera, se ha enzarzado en una divagación filosófica de bar sobre la juventud y el tiempo que vuela. Yo lo seguía contando los escalones. Quince escalones, igual que cuando era pequeña. La realidad no se descuenta.

Ha abierto la puerta, pero yo ni lo escuchaba, ya tenía bastante con mirar: fuera, el lavadero con el grifo herrumbroso, la podredumbre de la madera del pequeño porche; dentro, las baldosas agrietadas, la alfombra de polvillo desprendido del techo, los interruptores de la luz, tan antiguos que me dará cosa tocarlos por temor a que me dé un calambre. Y de fondo, Manel, desatado: «Vas a estar

bien aquí, ya lo verás». No sé si me tomaba el pelo o si lo piensa de verdad.

Me ha dado un sinfín de instrucciones que no podría reproducir ni aunque me fuera la vida en ello: las ventanas que hay que abrir con cuidado, el truco para encender el calentador, cómo destrabar la cerradura. Eso sí, no me ha dicho qué hacer con los recuerdos que reptaban por suelos, techos y paredes, ni si será mejor alimentarlos o exterminarlos.

Durante todo el rato, Trufa nos seguía a un palmo. Yo intentaba no pensar en las pulgas y las garrapatas que debía de tener; cada vez que la veía arrimándose a la butaca, a las cortinas o a la cama —¡a la cama!—, me las arreglaba para acercarme como si nada y apartarla con una coz discreta. Desprende un hedor canino que se ha quedado impregnado en el aire; ahora ya es de noche y todavía me parece olerlo, lo tengo clavado en la pituitaria.

Al cabo de media hora, por fin me ha dejado sola. Le he pagado los primeros cuatro meses, tal y como habíamos apalabrado. Ha abierto el sobre y se ha puesto a contar los billetes con cara de satisfacción. «No es que desconfíe, pero siempre es bueno evitar malentendidos, ¿verdad?», y luego no ha podido evitar recordarme que si me hacía un buen precio era por mi madre y por la relación que tenían y porque mi madre no debería haber vendido la masía, que a quién se le ocurre, etcétera, etcétera. Y que si necesitaba algo, que se lo dijera. Yo solo asentía con una devoción de monja.

Entonces me ha mirado con esos dos ojitos de balín que tiene y me ha dicho «No eres muy habladora, ¿verdad?», y yo, con cara de boba, me he limitado a balbucear unos sonidos sin sentido. Tal vez debería haber marcado más el terreno, ahora me da la impresión de que se habrá creído que soy una pánfila.

Me ha tendido la mano y nos hemos dado un apretón como si cerráramos un trato importante. Y él: «Todavía tie-

nes las mismas manitas de muñeca». Una muñeca, sí, pero lo he pillado varias veces lanzándome ojeadas a los pechos con una sonrisa que no le cabía en la cara. Como se lo cuente a Guim, seguro que me dirá que exagero, que siempre pienso que todos me los miran.

Pero me los miraba.

Le he dado las gracias por todo: me ha parecido una mala idea ponerme al propietario en contra el primer día.

Ya estaba bajando por la escalera cuando se ha dado la vuelta y me ha amenazado con que nos veríamos a menudo porque cuando pastorea las ovejas acostumbra a hacer una parada en el abrevadero que está al pie de la casa. Yo he asentido como un corderito mientras pensaba cómo atascar el abrevadero, cómo cargármelo para no tener que verlo demasiado; por amable que sea, aquí he venido para estar sola.

Se ha marchado a pie, cachazudo y con las piernas arqueadas, canturreando una habanera con una voz de tenor desconcertantemente agradable. *I em deia, quan siguis gran, no et fiis mai de la calma*. No le he encontrado para nada el famoso parecido a Rock Hudson del que me habló mi madre.

Entonces me he dado cuenta de que no había ningún otro coche. Podría haberlo llevado hasta el pueblo; caminando se debe de tardar una hora en llegar, igual dos, mientras que en coche solo son veinte minutos, pero no me he sentido con ánimos de hacer el trayecto con él en el asiento del copiloto sin dejar de hablar. Seré bruja. Pobre hombre, no me ha hecho nada y me ha alquilado la masía por cuatro duros, pero yo no tenía la presencia de espíritu necesaria: el estado en el que he encontrado la masía me ha dejado un poco desmoralizada. Me las prometía muy felices. Desde Barcelona todo parecía fácil.

Con el viento fustigándome, he descargado el coche y he dejado toda mi vida empaquetada en el distribuidor formando una pirámide. Me he dado prisa en repasar la

casa para hacer una lista de todo lo que necesitaba, sobre todo material de limpieza, y a cada paso he tenido que sacudirme los recuerdos que me asaltaban: la butaca de mi padre, el cuadro de los girasoles, las formas vegetales del cabecero de madera.

No era el momento, ya habrá tiempo.

Al final he tenido que correr para que no me cerrara la tienda; en los pueblos siempre van temprano. Nada más entrar, en la pared del fondo, el anuncio de la minipimer enmarcado: mi madre ejerciendo de celebridad de Ribalta. El Ayuntamiento podría iniciar el proceso de canonización aduciendo como prueba el milagro del zub-zub; me llamarían para testificar que con un solo gesto era capaz de triturarlo todo, y yo lo corroboraría.

Can Boronat es la típica tiendita que tiene de todo. Y si no lo tiene, tendré que aguantarme; Mercè, la tendera, me ha dicho que en Ribalta no hay ni carnicería ni farmacia ni quiosco.

—La tienda, el bar y el mecánico, nena. Si necesitas algo más, tendrás que bajar a Vilamedia.

Mercè me resulta familiar. Igual solo es por su aspecto de campesina universal: rubicunda, con la sonrisa siempre a punto, con la corpulencia de quien se excede en el consumo de butifarras, el pelo rubio y ondulado en forma de casco y una delantera ideal para niños de pecho y amantes con problemas freudianos. La matrona rusa. La gran nodriza. O igual me suena porque mi subconsciente la recuerda de cuando yo era pequeña y corría por el pueblo, debía de ser una de aquellas chicas que te daba caramelos y te hacía el arre borriquito, quisieras o no. No estoy segura de si sabe quién soy. No ha preguntado nada ni ha empezado con la cantinela de mi madre y de la masía. Mejor.

Pero justo antes de que me fuera: «Cierro los jueves y los domingos por la tarde, nena», como si supiera que no solo estoy de paso, y cuando ya salía por la puerta: «Mañana por la mañana hay mercado en la plaza».

Al meterme en el coche, el cielo estaba cubierto de ubres negras. Aún no había salido del pueblo cuando han empezado a bombardearme con unas gotas como huevos de codorniz. Estallaban contra el cristal con rabia, a un ritmo estrepitoso, como si quisieran enloquecer a los limpiaparabrisas. Me he arrimado al cristal con un ademán de yaya miope. Otra vez el camino que no se acababa nunca. Entre la metralla de la lluvia, la concentración al volante y el traqueteo continuo, he llegado aturdida.

Al bajar del coche, me ha parecido oír un repique metálico mezclándose con el rumor del diluvio, y una corriente de aire frío se me ha enredado en los tobillos como un brazalete romano. Aquí las tormentas tienen vida, no como cuando se derraman estériles sobre el asfalto de la ciudad.

He subido los escalones de piedra de fuera de dos en dos, pero de todas formas me he quedado empapada. Una vez en casa –¡en casa, digo!–, en lugar de notar el calor acogedor de cuando fuera se acaba el mundo y tú estás a salvo, he encontrado una humedad desagradable. Es una casa muerta, tendré que resucitarla.

Suerte que Manel ha tenido el detalle de dejarme un poco de leña en la chimenea. He tenido que pelearme con ella durante media hora pero al final se ha encendido y me he acurrucado cerca con una sensación de victoria.

Justo ahora he intentado llamar a Guim, que en todo el día solo le he mandado un mensajito telegráfico, pero resulta que no tengo cobertura en toda la casa.

Mañana más.

MAYO

184 días antes

Cuando me he despertado, no sabía dónde estaba. Al principio creía que estaba en el piso de Barcelona, pero algo no cuadraba: la luz que venía de la derecha en lugar de venir de la izquierda, la cama demasiado corta, como encogida, el olor oscuro del aire, el silencio casi catastrófico. Por unos instantes, he tenido miedo.

Se me ha hecho raro imaginar que en aquella cama dormían mi padre y mi madre hace cuarenta años, que estaba tumbada en el mismo colchón donde me concibieron, en la misma cama que excepcionalmente mi padre me dejaba compartir con él cuando mi madre ya se había levantado.

Me ha asaltado un vértigo vital. Me habría abandonado a él aunque solo fuera para acercarme al recuerdo de mi padre y demostrarme que sí pienso en él lo suficientemente a menudo, pero he sentido la urgencia de rehuirlo. Me he quedado mucho rato petrificada en la cama, observando las vigas carcomidas, las telarañas de los rincones, la silla de mimbre con el asiento deshilachado por los años, las baldosas del suelo desencajadas formando pequeñas olas, como si reposaran sobre una base líquida.

Me daba cosa levantarme, sacar el pie descalzo y ponerlo sobre el suelo frío, como si todo fuera a desaparecer al tocarlo o el mar de baldosas fuera a engullirme. O tal vez me daba cosa porque me he dado cuenta de que esto va en serio, que pisar las baldosas significaría firmar un contrato conmigo misma. Al final me he atrevido, claro, no iba a quedarme en la cama eternamente.

He abierto los postigos de par en par. Y qué verde tan verde, tan reluciente, tan vivo, todo para mí, con el sol allí,

justo despuntando por encima de las copas. Ni rastro de la tormenta de bienvenida de ayer. Creo que remolonear me ha enternecido, o tal vez ha sido el hecho de pensar en mi padre. De repente, no cabía dentro de mí, el cuerpo se me había quedado pequeño para tanta alma. He abierto la ventana y me he asomado. He mirado a ambos lados para asegurarme de que no hubiera nadie –¡qué tonta!– y he soltado una sarta de gritos sin sentido, solo aire reconcentrado saliéndome de dentro.

He gritado hasta vaciarme, debía de llevar años cargando dentro todos aquellos gritos. Igual sí que me han hecho un favor, los malnacidos de la editorial, poniéndome de patitas en la calle. Hoy por primera vez me parece que estos veinte años en aquellas oficinas han sido mi caverna platónica. ¡Cuánta razón tenía Guim cuando me decía que lo dejara! Al mismo tiempo, creo que exagero, que me engaño, porque al principio el trabajo me encantaba, y quizá lo que pasa es que desde la rabia me resulta más cómodo cargármelo todo.

He desayunado poco y mal: estaba impaciente por instalarme como es debido y empezar a trabajar. Me he puesto a limpiar de golpe y porrazo. Tendría que haberle dicho a Guim que viniera a ayudarme; hay una trabajera tremenda, pero soy una niña que quiere atarse los zapatos sola, aunque tarde media hora y acabe con los cordones hechos un churro.

He abierto todas las ventanas, el balconcito del salón, las puertas. La masía ha quedado ametrallada por la luz. El sol atravesaba la casa como las espadas perforan la caja trucada de un prestidigitador, y yo era la elegida con quien se había compinchado para perpetrar el engaño mágico. Un torrente de aire ha barrido el hedor a humedad.

Lo primero ha sido lo más odioso: el polvo. En las partes altas de los muebles –el chifonier, la vitrina de la quinacalla–, se había convertido en una capa de roña solidifica-